

El estudio y la formación de la personalidad

Por Dr. C. JUAN L. MARTÍNEZ MONTALVO

1. Introducción

Estudiar proviene de la palabra latina *studeo* que significa *yo me esfuerzo*. ¿Y cuál es el objetivo de ese esfuerzo? Es apropiarse de determinados conocimientos, ya sean los de una ciencia, un arte o una técnica. Por consiguiente, en cualquier diccionario nos dirían de un modo u otro que estudiar es aplicar el entendimiento a la adquisición de conocimientos.

Ahora bien, se estudia no solo para adquirir un saber particular; es decir, el de una ciencia, una técnica o un arte. Dicha significativa actividad se lleva a cabo para constituir la base de una cultura general individual, la cual es decisiva para la formación de un ser humano armónico y universalmente desarrollado, o dicho sea de otra manera: de una personalidad individual plenamente desplegada. Claro está, mientras más amplia sea esa cultura, mejor.

Por supuesto, será de excepcional importancia unir la lectura al estudio. No es casual que la UNESCO declaró desde hace muchos años que la lectura forja una cultura en una personalidad individual.

No obstante, un lector que no estudie más allá de los materiales imprescindibles ni sea orientado por buenos maestros, puede extraviarse un tanto, hasta llegar a convertirse en alguien con mucha información pero que no ha podido vertebrar los conocimientos que posee, ni forjar con ellos una totalidad; mucho menos una totalidad recogida por un sistema de principios ideológicos y científicos.

2. La importancia de la formación de una personalidad individual plenamente desarrollada

Ya sabemos desde hace mucho tiempo que debemos forjar personalidades íntegras, o sea, armónica y universalmente desarrolladas. El ideal de la *paideia* griega, sobre todo en Atenas, ya lo tenía. El Renacimiento retornó a dicho modelo. Cyrano de Bergerac, en el siglo XVII y Ramón María del Valle Inclán, en los siglos XIX y XX, son ejemplos individuales.

Ahora bien, conviene que hagamos palmaria la influencia del estudio en la creación del tipo de personalidad necesaria.

Muchas personas creen que con la inteligencia natural y con la observación personal es suficiente para comprender la sociedad y la vida en general. De ahí que suelen manifestar indiferencia y hasta menosprecio por las ciencias humanas. Por lo regular, estudian para apropiarse de técnicas, que, por un lado, le permitían mostrarse claramente útiles ante los demás y ante sí mismos. Por otro, las técnicas les resultan un *modus vivendi*. No es casual que antes del triunfo revolucionario de 1959 la gran mayoría de los pocos que hacían estudios superiores matriculaban las carreras de Derecho, Medicina, las ingenierías (sobre todo la civil), Farmacia y Pedagogía. Y aunque la Medicina y la Pedagogía son más que técnicas, la intención con las que se estudiaban las reducían a eso. Hay, por cierto, todavía rezagos de lo sobredicho.

Conviene, debido a lo antes expresado, examinar la siguiente declaración del filósofo y esteta polaco Stefan Morawski en su libro *Fundamentos de la estética*: "... pero un teórico que comience disponiendo solamente de sus percepciones y formulaciones, trabajará con un modelo de posibilidades evaluativas muy pobre."

Sí, no basta con poseer incluso una elevada y aguda inteligencia, así como ser un excepcional observador; es necesario, además, tener una vasta cultura. Sólo de tal suerte se podrá juzgar de un modo correcto y profundo.

Por ello desde la antigüedad, cuando un grupo de personas quería comprender auténtica y hondamente a los seres humanos -sobre todo a los de su comunidad- y su vida social con propósitos constructivos, cuando, en fin, deseaba ejercer una influencia beneficiosa sobre ellos, se consagraba a las más severas tareas de la inteligencia.

Pensemos, *verbigracia*, en todos los filósofos de Grecia y Roma antiguas que actualmente estudiamos. Podemos decir que ocurrió lo mismo en todas las grandes culturas antiguas.

A la inversa recordamos la actitud contraria al esfuerzo intelectual, que concibe la entrega a los goces sensoriales y a la irresponsabilidad, se ha considerado como propia de una moral de esclavos, de siervos, de plebeyos. Esta es la causa de que hasta, al menos, 1945, o sea, hasta que concluyó la Segunda Guerra Mundial, los estudios universitarios fueron contemplados como parte de los privilegios del poder político y económico, destinados fundamentalmente a los miembros de las clases dominantes. Hubo excepciones, claro está, que fueron aumentando a medida que se democratizaban las sociedades, pero aquellas eran generalmente ganadas bajo presión por las clases adineradas.

Entre las grandes excepciones podemos citar a Martin Heidegger. Unos declaran que pertenecía a una familia de artesanos, otros como Peter Sloterdijk en su *Crítica de la razón cínica*, se refieren a él como un campesino. En cualquier caso, era pobre y de familia católica. Descubiertas sus dotes por la Iglesia, fue apoyado -probablemente mediante una beca- para realizar estudios superiores. Primero Heidegger, quien al inicio pensaba ser sacerdote, hizo estudios inconclusos de teología católica. Después se inclinó mucho más al pensamiento filosófico y así acabó doctorándose en filosofía.

En cuanto a Johann Gottlieb Fichte, filósofo alemán del siglo XIX, la necesidad y la miseria se hallaban junto a su cuna y lo acompañaron, en mayor o menor grado, durante toda su existencia de casi 52 años. Pero, como es sabido, las excepciones no hacen si no confirmar la regla. En 1961, Roger Garaudy nos decía que en la culta Francia los hijos de los obreros rara vez podían estudiar después de los 14 años.

La conducta de los cubanos más ilustres de la generación de 1792 apoya lo dicho sobre el valor del estudio y su aprovechamiento: Francisco Arango y Parreño, Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas, José Agustín Caballero y Rodríguez de la Barrera, Tomás Romay y Chacón, y otros. Otro tanto podemos demostrar con la siguiente generación de la Ilustración Reformista Cubana, la que fue nucleada por el Obispo de La Habana, Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, y recoge a destacados hombres de estudio: Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Felipe Poey y Domingo del Monte. Por supuesto que pudiéramos continuar señalando otras generaciones de cubanos, pero no es necesario.



3. Conclusiones

Así pues, si el estudio continuo y en su grado máximo de elevación, como hemos probado, enriquece a la personalidad individual mucho más que cualquier otra actividad, y la conduce, como regla, a todo lo que es superior: cultura de la conducta, responsabilidad, amor al cultivo de las letras y las ciencias, o quizás convierta al individuo, al menos, en creador de una de ellas.

El estudio no debe hacerse para “vivir bien”, como suele escucharse, sino para desarrollar todas las posibilidades del ascenso humano. Todo el que estudie debe hacerlo no sólo éticamente y con alteza de miras, sino también con una comprensión profunda de su valor formativo general. El resultado de la actividad y de su proceso espiritual convertirá a la personalidad individual, por un lado, en un ser más útil a la sociedad, a la humanidad en su conjunto tal vez, y a sí mismo; y por otro, le hará conseguir un nivel más alto en la dignidad humana.